

Decir el mundo

La conjunción entre folclore, música y literatura es antigua en Chile. Crónicas, testimonios, poemas, libros y partituras se entrelazan -desde el siglo XVIII en adelante- con relatos, escritos e imágenes que dan origen a relatos múltiples sobre la rica vida cultural popular santiaguina. La lista de músicos, escritores y poetas que amaron y cantaron esta cultura popular es extensa y en ella Pablo de Rokha ocupa un sitio de privilegio, un trono oculto como el que notables como José Zapiola, Antonio Acevedo Hernández, Nicanor Parra, Manuel Rojas, Luís Cornejo o Armando Méndez han merecido también. Y esta herencia de la literatura se extiende también a la música. Primero tenuemente en la obra de los compositores nacionalistas -que miraron la cultura popular desde lejos- y luego en las extraordinarias cantatas populares escritas entre los años 60 y 70 por los creadores y simpatizantes de la Nueva Canción (Luís Advis, Sergio Ortega, Gustavo Becerra), así como los creadores vinculados a ella, como Fernando Carrasco o Jaime Soto (creador de Barroco Andino), entre otros. Se trata a de una cofradía de escritores y músicos unidos por el pueblo y la poesía para *decir el mundo*, para palabrear las resistencias del pueblo oprimido por las clases poderosas y ensalzar su imaginación infinita. Ahí, en ese vórtice se inserta este disco, en un universo poderoso en el que la interdisciplina y el habla poética son un discurso y una realidad, un acto expresivo de la cultura y una lectura del mundo contemporáneo.

El trabajo que nos ofrece Lorenzo Cornejo (composición y guitarra) nos regala un remanso sonoro para entrar a la obra de Pablo de Rokha desde la música. Una entrada en la que la simbiosis entre naturaleza, pueblo y sonido se produce de manera penetrante y aguda, pero de modo tranquilo, detenido, como si el río tormentoso de los escritores-músicos fuera observado desde el fondo del agua en sus movimientos internos, estructurantes. La hermosa versión de *Égloga* que podemos oír aquí no es en realidad un “ciclo de canciones para voz, narración y guitarra”, como reza su título, sino un balance honesto entre el habitamiento del exceso rokhiano y la interpretación estable de la música (en la composición de Lorenzo). Es una música que absorbe y proyecta la intensidad de las palabras con la dulzura de la escucha (en el timbre de Cristina) en un ejercicio de respetuosa creatividad donde la simpleza y el trato directo a la música consiguen domar la profundidad y sordidez de las palabras del escritor licantino usando los

géneros musicales y las estructuras rítmicas desde una guitarra ordenada y amorosa, tocada con convicción y dejos de pureza sonora.

Música, exceso y naturaleza

Pero este trabajo no termina ahí. El disco contiene un notorio carácter reivindicativo. La vida del poeta fue misteriosa y sufrida, plena de momentos de reconocimiento que tuvieron su sombra en la farándula cruel que atormentó al poeta durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, al igual que ocurre con otros trabajos donde se integran las artes, la utilización de los materiales rokhianos busca el dolor sino la memoria profunda, el afecto, el recuerdo interno. Es un modo de activar la profundidad de su legado poético más allá de la pérdida y la tristeza para moverse hacia la inmanencia de la palabra donde el amor y la familia están presentes como un trasfondo indecible. Cuando escuchamos los recitativos del disco es difícil no sentirse afectado, especialmente porque Cornejo musicaliza la vida de De Rokha a través de una simbiosis de la tradición clásica de la guitarra con la armonía popular, empalmando la doble condición del poeta adolorido con la elegía hacia la naturaleza, pero no a cualquier naturaleza sino a aquella que ilumina las sangres de *su* pueblo, sus contradicciones y resistencia nocturnas, esto es, su política. La selección de textos se acerca con notable sensibilidad a las estas imágenes de soledad, distancia y verdor de la infancia pero sin olvidar jamás la sublimación juvenil de la vida festiva y el fulgor de bares y calles ocultas de la gran ciudad. Es la antipoesía del paisaje y la religión, de las falsas alegrías del pueblo ninguneado por las elites y engañado por ilusión de la estabilidad moral de la nación, es la cultura popular profunda. Por eso el mensaje del poeta y el mensaje de este disco son también mensajes políticos en la forma de una crítica a la débil democracia que nos aplasta, la democracia post liberal que nos avienta a un vacío existencial que la música resuelve con géneros musicales diversos y un desarrollo armónico resolutivo y -diría- esperanzador.

Paisaje, biografía y desborde

Pero esta es también una obra musical donde sonido y naturaleza se mezclan en la historia personal del propio compositor. Hay aquí una búsqueda personal que apunta no sólo a la resignificación de las visiones de mundo rokhiano sino

también al desborde poético y musical de su legado. Es un desafío que en la música encuentra asidero espejeando al poeta con géneros musicales tradicionales como la tonada, la cueca, el cachimbo, el rin, la refalosa y ese multigénero extraordinario que es la *paya*. Este uso de ritmos reconocibles es una acción fundamental de anclaje de la poesía a la cultura nacional. Pero no está hecho de manera mecánica sino buscando un balance entre intensidad y simbolismo, lejanía y proximidad, cuerpo y paisaje. Vemos aquí los opuestos estéticos desenvolverse con penetrante claridad en emociones intensas conjugadas con afectos y dolores y espantos mezclados con imágenes bucólicas maulinas. Se nos abre una puerta biográfica para ingresar a plenitud a la tosquedad y belleza del poeta al mismo tiempo que comprender el diálogo entre lo humano y lo no humano.

En el plano musical, el trabajo sonoro consigue combinar el lenguaje politonal y neoclásico de la guitarra con los géneros antiguos, dándonos una sensación de modernidad primitiva que las palabras de De Rokha refrendan. Reconociendo sus referentes guitarrísticos (Horacio Salinas, Juan Antonio Sánchez, Juan Quintero, Javier Contreras, Moa Edmunds), Cornejo utiliza todos los materiales que conocemos para juntar ambos lenguajes, como las escalas hexáfonas o los giros modales que enraizan el arcaísmo poético del escritor en un sonido contemporáneo. Los ritmos telúricos de la cueca y el rin aceleran la sensación festiva y nos introducen en el mundo popular con sinceridad, llamándonos al baile con destreza técnica e invitándonos a leer nuestra identidad profunda, aquella conectada con el exceso y la cultura anti-boutique que nos legó el poeta.

Christian Spencer

Doctor en Musicología

Director del Centro de Investigación en Artes y Humanidades

<https://christianspencer.cl/>